

LA POESÍA Y EL PERFUME DE LA ORALIDAD

Hay artes mudas. En los dominios de la música, la pintura y la escultura es fácil advertirlo. En contraste, la poesía habla, pero la poesía se sirve de las palabras del lenguaje de manera peculiar; al revés que en el habla de todos los días, no apela al lector de modo directo y cuando lo hace, nos parece lícito pensar que el poeta duda de la capacidad de los oyentes o de los críticos. Como las artes aludidas, el poema también es mudo o mejor, dice otra cosa de lo que parece. Esto es tan cierto que hasta ahora no hay una unívoca interpretación de los poemas más conocidos.

La literatura tiene características peculiares que dificultan los juicios definitivos. Es una opinión muy difundida, y al parecer verdadera, aquella que sostiene que el tiempo es el juez literario más severo e inapelable y que un escritor que merece incorporarse al canon literario, que no es lo mismo que el panteón literario, es alguien que ha pasado la prueba de fuego de haber sido leído con placer, por distintas generaciones. Asistimos, sin embargo, todos los días, a nuevas valoraciones de escritores olvidados que son incorporados a la memoria colectiva. De un modo más o menos general podemos precisar qué tipo de literatura o qué escritores nos agradan más en un momento histórico determinado, pero no podemos saber si nuestro gusto prevalecerá en el futuro. Lo que sí podemos hacer es estudiar características de escritores del pasado que han llegado hasta nosotros lozanos, pues ellos tienen algo que decirnos, pese al paso del tiempo. Por eso los llamamos clásicos.

En un primer tiempo la poesía, aparte de este decir otro, que estuvo siempre en el centro de su dicción, cumplía los papeles que ahora solemos asignarles a la prensa, la radio y la televisión: la transmisión de noticias, la toma de posición frente a los asuntos de interés común. Con el paso de los siglos, el receptor, que era también un oyente, se fue transformando en lector que con fino oído empezó a distinguir la importancia de la manera de decir, es decir el

estilo, y no solamente del tema propuesto. En las sociedades que inician su desarrollo, el poeta tenía un papel civil reconocido por los diversos estratos.

Los poetas que llegaron a América en las naves españolas o eran soldados o eran clérigos. Inmersos todavía en un espíritu medieval, no tenían una idea clara de la autoría. Por fin, en el siglo XIX, nos nacieron grandes poetas como Rubén Darío, José Martí y Manuel González Prada. La característica común que tuvieron fue una gran conciencia artística y una preocupación por los temas ciudadanos.

La poesía conserva en Hispanoamérica, a lo largo de todo el siglo XX, ese perfume de oralidad que le viene de sus orígenes. La costumbre arraigada de recitar poemas en público, vigente en nuestros países y en España, se ha perdido casi completamente en Francia donde la poesía es musitada o leída en silencio. Pero poco a poco en tierra americana se va creando una legión de lectores solitarios que en las bibliotecas o en las salas privadas prescinde de la actitud comunal.

¿Qué explicación dar a este doble fenómeno? En principio, como queda dicho, la tendencia mundial, a partir del renacimiento nos parece, es que el aprecio de la poesía se separa de la importancia asignada a los temas. Sin embargo existen comunidades, las que están en plena formación de su nacionalidad o las que están inmersas en una conmoción social, en las que el asunto del que se habla tiene una considerable aprecio. Ahora vivimos un momento histórico en todo el mundo en el que el mercado tiene una importancia central, tanto que se mide el valor de los productos del trabajo e ingenio humanos en función de su transformación en mercancía. Y la poesía, como es bien sabido, tiene el último puesto entre aquello que puede negociarse, ser objeto de compra venta. Como se ha dicho, los papeles medievales que correspondían a la poesía, ahora pertenecen a otros medios de comunicación. La antigua épica, convertida en novela, se ha quedado con el arte de contar. A la poesía, a esa parcela que llamamos lírica, en general sólo le queda el estilo. Pero la poesía no es sólo colocar bien las palabras. Es una concentración del lenguaje, un rigor interno, por último, un escalofrío que penetra a las verdades universales y los ofrece de un peculiar modo. La

poesía tiene algo antiguo que está en el espíritu de los hombres y que felizmente no ha sido arrasado por ningún sistema político: la necesidad de la comunicación personal, íntima. La poesía responde a ese sentimiento colectivo que ya anidaba en el hombre de la tribu y que aparentemente se ha perdido en la vorágine de las grandes ciudades. Aunque se escriba y publique, la poesía tiene el perfume de la oralidad, como queda dicho. La comunicación directa con el público, aparentemente venida a menos en las épocas más recientes, responde a una necesidad básica que la sociedad no olvida nunca. La poesía, como un diminuto jinete, sabe treparse sobre los medios que aparentemente la opacan, radio, cine, televisión y periodismo, se filtra en los resquicios e ilumina en el pequeño espacio que gana. La poesía es un eficaz antídoto contra ese “lenguaje de madera” esa sucesión inacabable de noticias que nada dice y que se ofrece en el batiburrillo de cada mañana. El lenguaje entrega más significados y, sobre todo, expresa la afectividad en toda su intensidad cuando se expresa líricamente. La poesía es el reino de la libertad, pero también el de la disciplina. Escogemos la poesía hasta cierto punto; podemos decir mejor que ella nos elige, pero nosotros la ayudamos con nuestra actitud, porosa a su encanto y a su poder.

EL TALLER DE POESÍA

El taller de Poesía de la Universidad de San Marcos viene funcionando de manera ininterrumpida desde 1971. Respondió inicialmente a una iniciativa de Wáshington Delgado y tuvo que bregar contra algunas voces que señalaban el principio de que la universidad estudia la poesía pero no cobija a los poetas que desean perfeccionarse en su arte. Parroquial visión de una institución que por su nombre mismo debiera cobijar a todos los que se quieren practicar cualquier disciplina del ingenio humano.

Han pasado más de treinta años desde ese momento y quienes asistimos con más frecuencia estamos convencidos de que la teoría y práctica del Taller han ido mejorando con el transcurso del tiempo. El hecho de que otorgue créditos, que al comienzo fue algo muy

importante para la comunidad de alumnos y profesores, se ha convertido en una marca secundaria, puesto que al Taller concurren alumnos de toda la universidad y personas de allende los muros. Más remarcable es el hecho de que hay una especie de fraternidad entre todos sus miembros que disuelve las naturales barreras generacionales y coloca la práctica de la poesía en el sitio de privilegio que merece.

Recogemos ahora, aparte de un artículo de Carlos Drummond de Andrade, textos de quienes concurren al Taller durante el año 2002, que son los siguientes poetas: Nora Alarcón, Carlos Bayona, Julio Benavides, Israel Chira, Gonzalo Espino, Julio Fabián Salvador, Dante Gonzales Rosales, Martín Horna Romero, Gabriela Ibañez Oviedo, Juan Carlos Infantes, David Jiménez, Diego Lazarte, Roberto León, Marino López Ruiz, Milagros Martínez, Norman Mendoza Roca, Claudio Ogossi, Gonzalo Ontaneda, Gerson Paredes Coz, Percy Ramírez, Cayo Santos Huamán, David de Soto, Elio Vélez Marquina, Marianela Villegas Merino y Vladimir Quisiyupanqui.

En este grupo hay poetas ya reconocidos en el severo círculo de los lectores de poesía, y otros que velan sus armas por primera vez. La poesía, como un fuego central que anima la vida de los hombres, convoca al hombre desde siempre, y en un apartado rincón de la Universidad de San Marcos revive la magia que dio y da sentido a lo que hacen numerosas generaciones.

Lima, 31 de marzo de 2003

Marco Martos